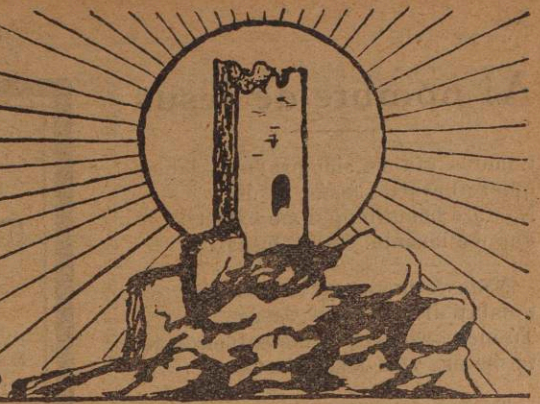


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año VI

Alhama de Murcia, Domingo 6 de Enero de 1929

Núm. 119

Oro, Incienso y Mirra

Si tierna y conmovedora es la escena del nacimiento del Hijo de Dios en el establo de Belén, y la adoración de los pastores al Divino Infante, sublime y arrobador también es el acontecimiento de la adoración de los Reyes Magos.

La adoración de los Reyes Magos simboliza la vocación del pueblo gentil a la gracia, ya que el pueblo judío se hizo indigno de tan gran merced por la dureza de su corazón y por su resistencia al llamamiento divino. Esta festividad se llama por la Iglesia Epifanía, que quiere decir manifestación, porque en ella se manifestó el Niño-Dios a los gentiles, como Dios, como Rey y como hombre. Eso significan también los dones que los Reyes Magos ofrecieron al recién nacido, oro, incienso y mirra, productos los más estimados de su lejano país.

«Alegrémonos en este día, exclama San León Magno, y veremos en la adoración de los Magos las primicias de nuestra adoración y de nuestra fe.»

Vienen de remotas tierras, sufriendo las incomodidades y molestias de un largo y penoso viaje para adorar a Aquel que ha nacido Rey de los judíos, guiados por una estrella de resplandor extraordinario.

Los que vivían en las tinieblas de la gentilidad, se hicieron dignos de ser iluminados por la luz de la fe, y aquellos entre los que era la Luz, fueron condenados a las tinieblas, a la eterna noche de su infidelidad.

Siempre guiados por la luz de la misteriosa estrella, llegan a Belén y allí, encima del portal el astro para su curso, como para indicarles, que allí está Aquel a quien buscan, y lo encuentran radiante y esplendoroso, en los brazos de María su madre, como la flor en su tallo, como perla en su concha. No lo encuentran en los palacios de los reyes, ni en las ricas y doradas mansiones de los poderosos y grandes de la tierra; lo encuentran sí, en un pobre establo. Y allí su fe les hace ver en aquel tierno niño, al que es Rey de los reyes de la tierra.

Si al pasar por Jerusalén le anuncia a Herodes la alegre nueva, y éste se turba y toda la ciudad con él, es porque la majestad real de la tierra, se turba y anonada ante el esplendor y majestad del Rey del Cielo.

No te turbe, Herodes, ni temas que tu trono vaya a ser usurpado por ese Niño que ha de regir los destinos de Israel. No, no desea los reinados de la tierra, Aquel que viene a ofrecerte generoso el reino de los cielos. No viene a disputarte, con el esplendor de su reinado y la fuerza de sus armas, el cetro que ostentas en tu diestra; viene, sí, a conquistar por el amor, por la humildad y por la abnegación los corazones de los hombres.

Contemplemos a los Reyes Magos postrados ante el Divino Niño, y las dulces emociones que embargarían sus corazones ante el Niño-Dios y su Santísima Madre.

¡Cómo se postrarían ante Él y le reconocerían por su Dios y su Señor, ofreciéndole el homenaje de su adoración! ¡Cómo imprimirían tiernos ósculos en sus mejillas, y cómo darían también sus parabienes a su Madre Santísima, que generosa les ofrecería al Salvador del mundo!

Nada nos dice el Sagrado texto, pero es indudable, que entre María y aquellos santos varones debieron mediar tiernos coloquios. ¡Qué cosas no dirían a la madre, y con qué afectos de gratitud no recibiría aquellas adoraciones que al Niño y a Ella tributaban!

Y una vez que le hubieron adorado, entonces abrie-



Murcia.--Una vista del Segura

ron sus tesoros y le ofrecieron sus dones, oro, incienso y mirra. Misterioso simbolismo el de estos dones.

Ellos significan los tres atributos de ese niño, que habían de tener a través de los siglos sus más terribles impugnadores.

La divinidad, la realeza y la humanidad, Dios, Rey y Hombre. Le ofrecen el oro como a rey, el incienso como a Dios y la mirra como a hombre.

También simbolizan esos dones, los tesoros que se encierran en el corazón. El amor, la oración y la mortificación. Todos no podrán ofrecer a Dios-Niño valiosos y exquisitos dones de la tierra, pero todos podemos ofrecerle el oro de nuestra caridad, el incienso de nuestras fervientes oraciones y la mirra de la mortificación de nuestros sentidos.

Estos son los presentes que más agradan al Niño-Dios, y ofreciéndoselos desde lo más íntimo de nuestros corazones, confesaremos a la faz del mundo, que ese niño que se reclina en los brazos de su madre, es el Dios de Israel, el Rey inmortal de los siglos y el Hombre Dios, ante el cual deben postrarse los cielos, la tierra y los abismos.

GUZMÁN

